
Notas al pie de un debate

María Pía López

La propuesta de *Exlibris* de dedicar un dossier al Museo del libro y de la lengua de la Biblioteca Nacional le hace albergar en sus páginas una discusión pública sobre la lengua. Esto es, el objeto en discusión no es sólo el Museo, las decisiones teóricas y políticas que lo forjaron, sino también un conjunto de representaciones sobre la lengua y las lenguas que efectivamente se hablan en el territorio nacional.

Los especialistas convocados señalan acuerdos, objeciones y debates con el Museo que dirijo. Algunos de ellos aluden menos a las ideas que lo orientan y a las exposiciones montadas que a supuestos respecto de la imposibilidad que una institución estatal tendría para dar cuenta de la complejidad, la variedad y la heterogeneidad lingüística.

La muestra *Chacu: multitud de naciones. Lenguas indígenas en el Gran Chaco argentino*, que se lleva adelante con la colaboración de expertos –lingüistas, antropólogos–, de hablantes y dirigentes comunitarios, implica el desarrollo de mesas, jornadas y actividades en las que el centro es la cuestión de los múltiples derechos de esas poblaciones, no sólo a su cultura o a su lengua sino a la tierra. En esta situación no es necesario que defendamos la perspectiva política del Museo. Diría: ya el Museo habla por sí mismo al visitante. Del mismo modo, es claro que toda la exposición permanente –incluidas las navegaciones, los juegos y los textos– incluye referencias a muchas de las lenguas habladas en el territorio, desde el mapundung al wolof.

La idea de construir un Museo de la lengua se ligó a la decisión de no recortar la exposición al español, para mostrar su inclusión en un mapa lingüísticamente heterogéneo y, a la vez, las variedades dialectales que el propio castellano incluye. Por ello, la insistencia en dejar *la lengua* sin un adjetivo que la singularice y recorte, para preservar la alusión a la facultad común. Es la lengua, que sólo existe como múltiples lenguas, idiomas, dialectos, la que aparece como objeto de este museo. La imprecisión es buscada y la creemos coherente con la larga lucha de denominaciones –idioma nacional, lengua de los argentinos, español, castellano– que se dirimió en el territorio.

Otra zona polémica remite a cómo tratar con un objeto vivo y común, desde una institución como es un museo. Esto es, aparecen las legítimas preocupaciones respecto de las lógicas que tenderían a una objetivación museificante, negadora de lo que tiene de modificación y recreación. Ya en distintas filosofías que consideraron la lengua como problema se trató esta cuestión, porque veían que en el propio campo del lenguaje coexisten tendencias a la cosificación y a la rigidez, y fuerzas expresivas que permanentemente le exigen el desborde de esas formas. Para los pensamientos vitalistas, los Museos son una de las amenazas persistentes para la creación social.

No desconocíamos estas advertencias a la hora de conjugar el proyecto. Pero es sabido que las prácticas museológicas contemporáneas han dado pasos muy serios en la revisión del lazo entre formas expositivas y cristalización de una tradición de legitimación institucional, lazo que estaba en el corazón de las concepciones anteriores sobre los museos. En Argentina ya se habían dado reflexiones y prácticas al respecto, como las que configuraron el Museo del Puerto en Ingeniero White,¹ y que señalaban un camino hacia una versión más compleja de la relación entre instituciones, memoria y culturas vivas.

Los problemas que un Museo tiene, con relación a cómo tratar lo vivo, no son demasiado distintos a los que tienen las instituciones de investigación o los ámbitos de normativización. Quien hace una gramática o un diccionario –sea el de la RAE o el Integral del español de la Argentina– está registrando y describiendo, en un momento dado, el nivel de objetivación de la lengua, más que prestando atención a sus mutaciones o a las disputas político-ideológicas que se inscriben, permanente y cotidianamente, en ella.

La discusión que plantea la profesora Ciapusio resulta fundamental, al señalar los distintos modos en que expertos y hablantes se sitúan con relación a la lengua. A lo que se podría agregar que también los escritores, ensayistas, poetas, músicos, que tratan con las peculiaridades, los tonos y los ritmos de la lengua, despliegan un tipo de ejercicio reflexivo que no puede ser desestimado ni disminuido. Tener presente la disparidad y especificidad de estos vínculos es fundamental para rodear el principal desafío de un Museo como éste: producir mecanismos expositivos y contenidos que permitan al hablante descubrir, hacer conscientes y situar como objeto de reflexión dimensiones naturalizadas de su propia lengua.

Tomemos las distintas hebras polémicas –las que mencionamos, pero también la advertencia sobre el riesgo a no considerar de modo suficiente las variedades regionales que existen en el territorio argentino– como una invitación a la profundización del proyecto mismo del Museo, a su capacidad de ser un centro de experimentación, investigación y difusión, para

1. El director de ese Museo ha escrito: “El archivo de relatos orales del Museo del Puerto de Ing. White, iniciado en 1992, funciona como una caja de resonancia de cientos y cientos de voces de vecinos y trabajadores de este puerto del sur de la provincia de Buenos Aires. No hay oído que pueda retener y recuperar todas esas voces a la vez. Para lidiar y potenciar cada una de esas versiones y matices es necesario considerar el valor de la disputa como dinámica de la historia, admitir que una comunidad se conforma a partir de sus tensiones, transitar la densidad compleja de la información de cada operación lingüística, desconfiar de la insipidez de ciertas categorías científicas y relevar los conocimientos prácticos que las exceden y, sobre todo, inventar cada vez las herramientas nuevas que permitan darles un valor de uso político” (Sergio Raimondi, “Acerca del día en que Atilio Miglianelli se topó con un alambrado artístico que interrumpía su recorrido hacia los cangrejales de Ing. White”). Consideramos esa descripción como un desafío, un impulso y una solicitada complicidad para el Museo del libro y de la lengua.

la cual se requiere un entramado institucional en el que las universidades, las academias y los institutos tradicionalmente dedicados a la investigación no pueden ausentarse. ¿Pueden nuestras instituciones, que afrontan cada una de ellas dilemas específicos, reunir esfuerzos para problematizar estas cuestiones, con un explícito horizonte de debates públicos? A eso apuesta, creo, también esta revista y sus debates. •

María Pía López

Licenciada en Sociología (UBA). Doctora en Ciencias Sociales (UBA). Actualmente da clases en la carrera de Sociología (UBA), coordina el Postítulo América Latina: procesos y problemas de la sociedad y la cultura, en CEPA (Secretaría de Educación, GCBA), y dirige el Museo del Libro y de la Lengua de la Biblioteca Nacional.

Publicó artículos en distintas revistas: *Pensamiento de los Confines*, *Mancilla*, *El río sin orillas*, *La biblioteca*, *Sociedad*, *El matadero*, *Funámbulos*. Fue co-editora de las revistas *El ojo mocho* y *La escena contemporánea*.

Escribió los libros: *Sábado o la moral de los argentinos*, en colaboración con Guillermo Korn. Edit. América Libre, Colección Armas de la crítica, 1997; *Mutantes: Trazos sobre los cuerpos*, Colihue, Colección Puñaladas, 1997; *Lugones: entre la aventura y la Cruzada*, Colihue, Colección Puñaladas, 2004; *Hacia la vida intensa. Una historia de la sensibilidad vitalista*, Eudeba, 2009; *No tengo tiempo* (novela), Paradiso, 2010.

Y compiló *La década infame y los escritores suicidas (1930-1943)*. Tomo 3 de *Literatura argentina siglo XX*, Paradiso, 2007. •